

Baldomero Lillo



Pesquisa Trágica

textos.info
biblioteca digital aberta

Pesquisa Trágica

Baldomero Lillo

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8069

Título: Pesquisa Trágica

Autor: Baldomero Lillo

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 30 de septiembre de 2023

Fecha de modificación: 30 de septiembre de 2023

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Pesquisa Trágica

Una tarde, al finalizar el verano último, mientras conversábamos con un amigo, cómodamente arrellanados en un escaño de la solitaria plaza del pueblo, un hombre vestido con la característica indumentaria del huaso: sombrero alón, zapatos de taco alto, pantalones bombachos y amplio poncho de vicuña, vino a sentarse no lejos del sitio donde nos encontrábamos. Muy joven, de elevada estatura, su rostro, hermoso por la corrección de sus líneas, estaba, exceptuando el fino y rubio bigote, cuidadosamente afeitado. Sin embargo, a pesar de su belleza varonil aquel semblante no despertaba, al contemplarlo, simpatía alguna. Había en su expresión y en el mirar solapado de sus verdes ojos, algo falso y repulsivo que no predisponía en su favor.

Mi acompañante, al verme absorto en la contemplación del desconocido, me preguntó en voz baja:

—Te llama la atención el sujeto, ¿no es verdad?

—Si —repuse—, arrogante es el mozo, pero no quisiera encontrarme con él sin testigos en un camino solitario.

—Tal vez no andes descaminado en tu apreciación, porque las historias que se cuentan de él no tienen nada de edificantes.

—¿Tú lo conoces, entonces?

—Si, y voy a relatarte un acto que se le atribuye y que lo pinta de cuerpo entero.

Y ahí, bajo los frondosos árboles del paseo, mi amigo me refirió la siguiente historia que voy a tratar de reproducir con la mayor exactitud posible.

—...Hace más o menos un año, este buenmozo era comandante de policía en la comuna rural de M. El puesto lo debía a un influyente político, gran

elector, y dueño de un valioso fundo en el distrito. Hijo de una muchacha campesina y de padre desconocido, había llegado al mundo en las tierras del magnate, quien, desde pequeño, lo había tomado bajo su protección. Después de terminar sus estudios de primeras letras en la escuela del pueblo, pasó a ocupar un puesto en la servidumbre del fundo, conquistándose con el correr de los años la confianza de su poderoso padrino. En la hacienda fue siempre el terror de los débiles y los pequeños, pues, vengativo y cruel con los hombres y los animales, miraba el sufrimiento ajeno con fría impassibilidad. En época de elecciones era un elemento valiosísimo, porque para raspar un acta, hacer un *tutti*, asaltar una mesa o secuestrar un vocal, tenía aptitudes sobresalientes. Con estos méritos, nadie extrañó, por tanto, en M., que a raíz de su triunfo en la última campaña electoral, el senador X. obtuviese para su protegido el puesto de comandante de policía de la comuna, que se encontraba vacante.

Se cuenta que al comunicarle al mozo la grata nueva, el personaje le dirigió más o menos este breve discurso:

—Mi amigo, más de un trajín me ha costado conseguir su nombramiento, pero ahora que está Ud. ungido con el cargo, procure mantenerse en él con maña y prudencia. Los adversarios son poderosos y estarán alertas sobre lo bueno y lo malo que Ud. haga o deje de hacer. Convendría muchísimo que tomase gran interés en investigar los delitos que se cometan para desmentir con una pesquisa feliz a los que propalan que en cuestiones policiales Ud. ignora el A B C del oficio.

El flamante funcionario oyó con gran atención estos consejos y prometió seguirlos al pie de la letra.

Como en todos los pueblos pequeños, en M. había dos bandos, que se odiaban y hostilizaban mutuamente. Afiliado al más numeroso, que era el que dominaba, el comandante, siguiendo las advertencias de su padrino, procuró que su conducta funcionaria fuera, en apariencias, lo más correcta posible. Era ambicioso y no quería vegetar en aquel lugarejo, y como contaba con una protección poderosa, podía muy bien, con poco que pusiera de su parte, ascender rápidamente en la carrera. Por eso ansiaba con impaciencia que un hecho delictuoso importante le diese la ocasión de probar a los que dudaban de su capacidad, que estaban equivocados en sus apreciaciones respecto a sus dotes de polizonte.

Por fin, un día, después de algunos meses de infructuosa espera, sus deseos se vieron cumplidos, pues el suceso tanto tiempo aguardado acababa de producirse. Se trataba del asesinato de un individuo semi-idiota y epiléptico, apodado el Trompa, popularísimo en el pueblo. El cadáver, con graves lesiones en la cabeza y en el cuerpo, fue encontrado en el fondo de un barranco, al borde del camino real. Apenas el comandante supo la noticia, montó a caballo y partió a escape al teatro del crimen, regresando poco después a su cuartel, seguido de cuatro labriegos, que conducían al hombro, en unas parihuelas improvisadas, el cuerpo de la víctima. El rostro del señor comandante resplandecía de satisfacción, pues estaba sobre la pista del asesino, en cuya persecución había puesto a sus más sagaces subordinados.

Como él había previsto, la captura se efectuó con toda felicidad, y a mediodía se encontraba el reo, un muchacho de unos veinte años apenas, en presencia del jefe de policía, quien le dio a conocer la causa de su aprehensión y las pruebas que había de su culpabilidad.

Estas pruebas eran habersele visto la noche anterior en compañía del occiso, en un despacho de bebidas situado muy cerca del sitio donde se encontró el cadáver. El dueño del negocio aseguraba que, después de beber algunas copas, se habían marchado juntos, oyendo momentos más tarde el rumor de una fuerte disputa, al que siguió en breve un profundo silencio.

El acusado reconoció la efectividad de estos hechos, pero negó rotundamente haber dado muerte al Trompa, de quien se había separado a raíz de una riña de palabras originada por la excitación del licor, agregando que sólo al ser detenido por la policía vino a conocer el trágico fin de su acompañante de la noche.

Estas explicaciones no encontraron acogida favorable en el ánimo del señor comandante, quien, convencidísimo de que tenía delante al asesino, continuó el interrogatorio con creciente energía decidido a arrancarle la verdad, costase lo que costase, al taimado delincuente. Después de agotar, sin éxito, los medios persuasivos, las promesas y las amenazas, puso en práctica procedimientos más eficaces para vencer la terca obstinación del precoz homicida.

En uno de los calabozos interiores del cuartel, al abrigo de los espesos muros, el reo fue sometido a las más refinadas y crueles torturas por un

sargento y un cabo, especialistas ambos habilidosísimos en la aplicación de tormentos que no dejaban el más leve rastro delator en el cuerpo del paciente. Varias veces, vencido por el sufrimiento, el reo se declaró autor del delito; mas, apenas los verdugos interrumpían su tarea volvía a proclamar su inocencia:

—¡Señor comandante, no me atormente más, no he sido yo, lo juro por Nuestro Señor!

Pero estas alternativas de confesión y negación parecíanle odiosas burlas al señor comandante, cada vez más exasperado por la tenacidad y testarudez de aquel muchacho que amenazaba defraudarle en la gloria de esa pesquisa, en la cual cifraba tan gratas esperanzas.

Mas, al fin, mal de su grado, tuvo que suspender el tormento, pues el preso había caído en una postración nerviosa tal, que el síncope parecía inminente. El sargento y el cabo apartáronse del sujeto, y después de consultarse ambos en voz baja, el primero advirtió a su superior:

—Mi comandante, dejémoslo descansar porque si seguimos trabajándolo, se nos puede quedar entre las manos.

A pesar de su cólera, el jefe juzgó prudente seguir el consejo de sus satélites y abandonó el calabozo, no sin lanzar antes una última amenaza al reo:

—Si, cuando vuelva, sigues negando, haré que te cuelguen de la lengua. A ver si así largas la verdad, ¡canalla, bandido!

En seguida, como la hora de comer estaba próxima, se encaminó a la casa donde tenía su hospedaje. En la comida sus compañeros de mesa le pidieron noticias y detalles del crimen, que era el tema de todas las conversaciones en el pueblo. Contestó, con modesta naturalidad, que aquel asunto estaba ya finiquitado. Era cierto que la pesquisa le había costado algunos trajines y que la tarea de desenmascarar al asesino no fue obra de un momento, pero el resultado feliz de la investigación compensaba con creces esas molestias, que, por lo demás, eran gajes del oficio.

El auditorio recibió este relato con vivas muestras de aprobación, haciéndose luego por los comensales los comentarios más lisonjeros por

la rápida y acertada actuación del comandante en aquel asunto. El editor del periódico semanal *El Faro*, que ocupaba también un asiento en la mesa, manifestó, entre generales aplausos, que se hacía un deber de tratar editorialmente aquel suceso en el próximo número de esa hoja periodística.

La comida, en la que hubo numerosos brindis, terminó entrada la noche, y el comandante, en tanto caminaba hacia el cuartel, fue rememorando los detalles de la manifestación que acababan de hacerle sus amigos y admiradores. La perspectiva de ver su nombre en letras de molde halagábale en extremo, llenando su espíritu de íntima satisfacción. Gozábale imaginando la sorpresa de su protector, cuando recibiese el ejemplar del periódico, que él oportunamente haría llegar a sus manos. Y lleno de confianza en el porvenir, veíase ya escalando rápido los ascensos. De comandante de policía rural pasaría a prefecto de departamento, quedando habilitado, a partir de ahí, para aspirar a la prefectura de una capital de provincia.

A esta altura se encontraba en sus sueños de grandeza el señor comandante, cuando el recuerdo del preso cortó en seco el hilo de sus lucubraciones. El autor del delito negaba haberlo cometido, y este detalle, que había olvidado, se le aparecía ahora como algo gravísimo, capaz de echar por tierra el andamiaje sustentador del triunfo que tan públicamente y sin reservas acababa de adjudicarse.

Porque era seguro, absolutamente seguro, de que los adversarios, al conocer esta circunstancia, se pondrían de parte del reo y se valdrían de toda clase de medios para ampararlo, buscando un hábil tinterillo, o quizás un abogado, que se encargase de su defensa. En estas condiciones, su brillante actuación en el crimen corría el peligro de quedar de hecho anulada, con lo cual los hosannas de la victoria podían trocarse en la rechifla de la derrota.

El comandante, hondamente preocupado por estas pesimistas reflexiones, acortó el paso y se puso a cavilar en la manera de obtener la confesión inmediata del reo, única salida que tenía aquella embarazosa situación. Y obsesionado por esta idea, apenas llegó al cuartel se fue en derecha al calabozo del preso, a quien encontró en el mismo estado de ánimo en que lo dejara dos horas antes. A todas sus solicitudes, amenazas y denuestos, respondía gimiendo con desesperación:

— Señor, soy inocente, lo juro, no he sido yo!

El rostro del señor comandante se fue ensombreciendo más y más. Había suspendido el interrogatorio y se paseaba a lo largo del calabozo, abstraído, al parecer, en honda meditación. De pronto se detuvo frente al sargento y su compañero, que esperaban silenciosos sus órdenes, y preguntó:

—El cadáver, ¿dónde está?

—En el cuarto de los arneses, mi comandante.

—Bueno, vayan a buscarlo, yo los espero aquí.

Un instante después, iluminado por un candil de parafina, el muerto estaba extendido de espalda en el piso de la celda y, apartado el saco que lo cubría, apareció en todo su horrible aspecto el rostro deforme del idiota con las hirsutas barbas y las greñas en desorden, cubiertas de una espesa capa de lodo y sangre.

El comandante contempló impasible los repugnantes despojos, y luego dio algunas órdenes que el sargento y el cabo pusieron en ejecución, apoderándose del reo y colocándolo boca abajo, a viva fuerza, encima del difunto.

A pesar de la desesperada resistencia que opuso el acusado y de sus clamorosos gritos, quedó en breve estrechamente unido al cadáver, sujeto por fuertes ligaduras que aprisionaban sus miembros desde los pies hasta los hombros. El pecho del vivo se apoyaba en el pecho del muerto, y sus rostros quedaban tan cerca el uno del otro, que resultaban inútiles los esfuerzos del preso para evitar aquella cara, cuyo frío y viscoso contacto le producía un espantoso y alucinado terror.

Después de apagar el candil y cerrar la puerta de la celda cuya llave se puso el jefe en el bolsillo, ordenó a sus subordinados que cuidasen de que nadie se aproximara al calabozo, agregando que él volvería más tarde para ver el resultado de aquella prueba, en la que cifraba grandes esperanzas.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el jefe de la policía hizo su aparición en el cuartel. Parecía un tanto inquieto y contrariado, pues la

noche anterior había encontrado en la calle a un grupo de amigos, quienes lo invitaron a una fiestecilla preparada en su obsequio con el objeto, según le expresaron, de festejar su feliz estreno en la carrera policial. Con la música, el baile y la cena y las numerosas libaciones, se olvidó por completo del negocio que tenía entre manos, y sólo en la mañana, al despertarse, bastante tarde, por cierto, recordó aquella molesta circunstancia.

Mientras se dirigía al interior, preguntó al sargento y al cabo que lo acompañaban si habían notado algo extraordinario en la celda del prisionero. Los aludidos, que ni siquiera se habían acercado a la prisión, contestaron que nada anormal habían percibido. Un tanto tranquilizado por esta respuesta, el comandante sacó la llave del bolsillo de la casaca, la introdujo en la cerradura y abrió la puerta del calabozo.

Apenas la brillante claridad del día iluminó el oscuro recinto, el jefe lanzó una exclamación sorda y retrocedió un paso, horrorizado. Lo mismo hicieron sus acólitos, que se habían detenido en el umbral. Lo que motivaba esta actitud era el espectáculo sorprendente que tenía delante. En el centro de la celda, tendido de espaldas sobre las baldosas, yacía inmóvil el reo, con los ojos fuera de las órbitas, el rostro violáceo y parte de la lengua asomada entre los blancos dientes. Encima, agazapado, con las manos apoyadas en el pecho del preso, estaba el idiota, quien, al ver a los presentes, se puso a gemir, y señalando las cuerdas que sujetaban sus piernas y las del prisionero, pidió a gritos lo desatasen, lo que el sargento y el cabo ejecutaron maquinalmente, aterrados y sobrecogidos por el estupor que aquel suceso inaudito les producía.

Mi amigo, al llegar a esta parte de su relato, lo interrumpió para encender un cigarro, y después de una corta pausa, lo reanudó diciendo:

—Lo que me falta que decir para terminar esta historia se adivina fácilmente. El idiota, después de disputar con su camarada y separándose de él en la carretera, fue acometido de súbito por un ataque de epilepsia, el cual, a causa, tal vez del alcohol que había ingerido, revistió una forma violentísima. Presa de terribles convulsiones, rodó desde el camino al fondo del barranco, donde al chocar con los guijarros se infirió las heridas que hicieron creer, a la mañana siguiente, a los que lo encontraron, que había sido ultimado a pedradas por su acompañante en esa noche trágica.

En realidad no estaba más que aletargado, condición en que quedaba

siempre después de las frecuentes crisis de la enfermedad que lo aquejaba. Aquella vez, a consecuencia, sin duda, de las lesiones que recibiera en la caída, el letargo se prolongó por muchas horas, y cuando en la noche, en el calabozo, recobró el conocimiento y se encontró debajo de alguien que lo oprimía con el peso de su cuerpo, tomó a ese alguien como un enemigo. El dolor de las heridas contribuyó a robustecer esta impresión en su cerebro perturbado.

La lucha con el preso fue muy corta, pues los verdugos, por su refinamiento de crueldad, habían dejado al presunto muerto los brazos libres, atándole flojamente las muñecas a la espalda del prisionero, quien, imposibilitado para defenderse, sucumbió estrangulado por las manos del idiota, que le asieron por la garganta y se la oprimieron hasta producir la muerte por asfixia.

A pesar de los esfuerzos del comandante para evitarlo, la noticia del suceso se divulgó en el pueblo levantando un escándalo enorme. Y las consecuencias del hecho hubiesen, tal vez, tomado para el jefe policial un giro desagradable, si el senador X., interviniendo oportunamente, no hubiese conseguido de las autoridades le echase tierra al asunto, sin otra sanción para el culpable que la renuncia inmediata de su puesto.

Cuando el narrador terminó su historia, el héroe de ella abandonó el asiento y se alejó lanzándonos al paso una mirada rápida e inquisitorial. Por un momento vimos destacarse su alta silueta en la sombrasa avenida y oímos el rumor de sus pisadas en la suave quietud del atardecer.

1919.

Baldomero Lillo



Baldomero Lillo Figueroa (Lota, Región del Biobío; 6 de enero de 1867- San Bernardo, Región Metropolitana de Santiago; 10 de septiembre de 1923) fue un cuentista chileno, considerado el maestro del género del realismo social en su país.

Fue hijo de José Nazario Lillo Robles y de Mercedes Figueroa; fue sobrino del poeta Eusebio Lillo Robles, y hermano de Samuel Lillo,¹ otro escritor chileno, ganador del Premio Nacional de Literatura en 1947.

Gracias a las experiencias acumuladas en las minas de carbón pudo escribir una de sus obras más famosas, Subterra, que retrata la vida de los mineros de Lota, y en particular en la mina Chiflón del Diablo. Parte importante de su obra fue publicada después de su muerte.